

Pilar González Rivera
Psicóloga-Psicoanalista
Bogotá

DEL ANALIZANDO AL ANALISTA*

Es un tópico corriente representar al psicoanalista tomando notas, escribiendo lo que el analizando dice. Por su lado, y tal vez atendiendo a este mismo estereotipo, éste a veces también lo fantasea así, “escribiendo su historia”, como una forma de demostrar su interés en el paciente (lo cual no es incompatible con otro pensamiento: el de que daría lo mismo hablar con una pared...).

Contrariamente a esta extendida concepción, Freud recomendaba, entre sus consejos técnicos, abstenerse de tomar notas durante las sesiones, a fin de no perder el hilo de la atención flotante: como si escribir con la mano, muscularmente, interfiriera con la lectura simbólica que el psicoanalista hace de lo que escucha, si de un paciente adulto se trata, o de lo que el niño dibuja, modela o juega. En otras palabras, lo imaginario sería un inconveniente para la captación de lo simbólico, de aquello que “no cesa de no escribirse” y que, en tal medida, se constituye en síntoma indescifrado, en aquella “x” que Lacan menciona en “La tercera” y que define como “lo real en la medida en que se coloca en cruz para impedir que las cosas anden”. Más gráficamente, F. Dolto compara en concreto el síntoma disléxico con una “tartamudez de los pies que están en los ojos”, pero podría decirse que todo paciente psicoanalítico es como un disléxico del propio inconsciente, que espera un Champollion, otro que se lo descifre y escriba de una vez por todas para así poder salir de su estancamiento.

* Presentado en el encuentro que tuvo lugar en Medellín los días 31 de marzo y 1° de abril de 2000, entre “La tercera” y “Aldabón”.

Esta actividad descifradora no es, evidentemente, la de los “mánticos”, pues adivinar el futuro a partir del poso de chocolate o de las líneas de la mano no es lo mismo que la actividad interpretativa psicoanalítica.

Pero tampoco es una actividad científica en el sentido más estricto (y por ello quizá ha sido menospreciada por algunos como Carl Sagan, para quien el psicoanálisis es a la psicología como la alquimia a la química), pues, como lo dice Maud Mannoni, “lo que adviene en el analista es algo que acerca más de construcciones poéticas que de un saber científico constituido”.

Incluso encontramos en el psicoanalista una paradoja, que consiste en que una condición *sine qua non* para ejercer el psicoanálisis es el haber sufrido él mismo primero de síntomas que acabaron por conducirlo a un análisis personal, el cual, por lo tanto, no obedece a una mera curiosidad intelectual o a un requisito complementario a su formación académica.

Y si por una parte, según la misma autora lo dice en una entrevista,

“el analista no puede seguir como analista de manera eficaz sino si puede continuar de alguna manera hablando desde una posición del analizando, es decir si continúa en una especie de apertura del inconsciente, de forma tal que pueda seguir identificándose suficientemente con las dificultades del paciente sin que se pierda en las dificultades de éste y estar a la escucha de un cierto sufrimiento”

... por otra parte, podríamos preguntarnos qué fue aquello que lo llevó a continuar en la misma actividad descifradora del inconsciente, aunque en otra posición: ¿Fue algo que “no dejó de no escribirse” y que a partir del trabajo con el inconsciente de otros sigue intentándolo? ¿O es otra forma, dentro de la incesante búsqueda del amor (¡así sea de transferencia!) de mantener a éste como mitigante de la imposible relación sexual, tal como Thomas Szasz lo descubría, maravillado, al constatar cómo él, “feo como un piojo”, era capaz de suscitar amores transferenciales, –inevitables, podría agresarse–? Ψ